

ran, aunque no los apremiaran, no olvidaran, que amor verdadero es el caractèr del alma, y miètras el alma no muriere, no morirà el amor. Luego siendo el alma inmortal tãbien lo sarà el amor, y como amãdo solo con el cuerpo, el cuerpo no le alcançan, aborrecen, ò olvidan luego por tener lugar para buscar alimento en otra parte, y si alcançan aitos, buscan lo mismo. Pues segun esto, dixo otra donzella, los hõbres de aora, todos deven de amar solo con el cuerpo, y no con el alma, pues luego olvidan, y tras effo dicen mal de las mugeres, sin reservar a las buenas, ni a las malas. Amiga, respondió Estefania, de las buenas dicen mal porque no las pueden alcançar, y de las malas, porque estãn aitos dellas. Pues porque las buscã, dixo la otra hermana de Laurela? Porque las han menester, dixo Estefania, y por escusar vn buẽ dia a los muchachos, porque los Maestros no los suelten temprano. Pues si solo por necesidad, aman, y son tan malas para ellos, las vnas como las otras, mas vale, respondió Laurela, ser buena, y no admitirlos. Todo es malo, dixo Estefania, que ni han de ser las Damas tan desdennosas, que tropiecen en crueles, ni tan desembueeltas, que caygan en desestimacion. Si, mas yo quisiera saber, replicò la otra donzella, que piensa facar Estefania de amar a mi seõora Laurela, que muchas vezes a no vèr su hermosura, y averla visto algunas vezes desnuda, me dà vna buelta el coraçon, pensan-

do que es hombre. Publicara a Dios, aunque en mi amiga, dieras quatro en los infiernos, mas esto es vivir de esperança; que sè yo, si algun dia harã viendome morir de imposible, algun milagro conmigo. El cielo escuse este milagro, por darme a mi gusto, dixo Laurela, porque no soy amiga de prodigios, y de esto no pudieras ganar mas de perderme para siempre. Con esto passavan, teniendo todas chacota, y risa, con los amores de Estefania, que aunque dissimulava, no la traia poco penada, vèr q̃ ya las compañeras, entre burles, y veras, juzgando vnas con otras, procuravan vèr si era muger, ò hombre, demàs que avia menester andar con demasiada cuenta con las barbas que empeçavan a hazer, y no sabia como declararse con Laurela, ni menos librarle cõ su padre, que perdido por ella, era sombra fuya en todas las ocasiones que podia. Pues sucediò, porque la fatal ruina de Laurela venia a toda diligencia, que aquel Cavallero que vivia en casa, y amava a Laurela con mortales zelos de Estefania, tornò a pedirfela por esposa a su padre, diciendo: porque no se la negasse: Que no queria otro dote con ella, mas que el de su hermosura, y virtudes, que Don Bernardo codicioso, aceptò luego, y tratandolo con su muger, y hija, la hermosa Laurela obedeciò a su padre, diciendo, que no tenia mas gusto que el suyo: y con esto, muy contenta, entrò donde estava Estefania, y las

demàs criadas, y le dixo: Yà, Estefania, ha llegado la ocasion en q̄ podrè hazer por ti, y pagarte el amor que me tienes. En que forma, señora mia, respondió ella? En que me caso, tornò a responder Laurela que aora me lo acaba de dezir mi padre, que me ha prometido por esposa a Don Enrique. Apenas oyò estas vltimas palabras, Estefania, quando con vn mortal desmayo cayò en el suelo, con que todas se alborotaron, y mas Laurela, que sentandose, y tomandole la cabeça en su regazo, empeçò a desfabrocharle el pecho, apretarle las manos, y pedir apriesa agua, confusa, sin saber que dezir de tal amor, y sentimiento. Alcabo de vn rato, con los remedios que se le hizieron, Estefania bolviò en si, con que yà consoladas todas, las mandò Laurela ir a acostar, sin preguntalle nada, ella lo dixera, porque estava tal, que parecia q̄ ya se le acabava la vida: Laurela mientras las demàs fueron a que se acostasse, quedò rebolviendo en su pensamiento mil quimeras, no sabiendo dár color de lo que veía hazer a aquella muger: mas que fuesse hombre, jamás llegò a su imaginacion, q̄ si tal pèlara, no ay duda, sino que resueltamente la apartara de si, sin tornarla a ver, y no le valiera menos q̄ la vida. Acostada Estefania, y las criadas ocupadas en prevenir la cena, Laurela entrò dõde estava, y sentandose sobre la cama, la dixo: Cierto, Estefania, que me tienes fuera de mi, y que no sè a que atri-

buya las cosas que te veo hazer despues que estàs en casa? Y a caso pèsar, a no ser caso imposible, y que pudiera ocasionar muchos riesgos ò que no eres lo que pareces, ò que no tienes juizio? Que perjuizio te viene de que yo tome estado, para que hagas los estremos, que esta noche he visto? El de mi muerte, respondió Estefania: y pues morir viendote casada, ò morir a tus manos, todo es morir: matame, ò haz lo que quisieres, que ya no puedo callar, ni quiero: tan aborrecida tengo la vida, que por no verte en poder de otro dueño, la quiero de vna vez perder: No soy Estefania, no, Don Estevan soy, vn Cavellero de Burgos, que enamorado de la estremada belleza que te diò el Cielo, tomè este habito, por ver si te podia obligar con estas finezas a que fueses mia, porque aunque tengo nobleza con que igualarte soy tan pobre, que no he tenido atrevimiento de pedirte a tu padre, teniendo por seguro, que el grangear su voluntad, era lo mas effencial; pues vna vez casado contigo, tu padre avia de tenerse por contento, pues no me excede mas que en los bienes de fortuna, que el Cielo los dà, y los quita: Yà te he sacado de confusion, cuerda eres, obligada estàs de mi amor, mira lo q̄ quieres disponer, porque apenas avràs pronunciado la sentençia de mi muerte, con negarme el premio que merezco, quãdo yo me la darè con esta daga que tengo debajo desta almohada para este efeto.

Figura de marmol parecia Laurela tan helada, y elevada estava oyendo a Estefania, que apenas se oßava apartar della los ojos, pareciendola que en aquel breve instante que la perdieße de vista, se le avia de transformar, como lo avia hecho de Estefania en Don Estevan, en algun monstruo, ò serpiente: y visto que callava, no sabiendo si eran burlas, ò beras sus razones, le dixo (ya mas cobrada del susto q̄ le avia dado cõ ellas:) Si no imaginara, Estefania, que te estàs burlando conmigo, la misma daga con q̄ estàs amenazando tu vida, fuera verdugo de la mia, y castigo de tu atrevimiẽto. No son burlas, Laurela, no son burlas, respondiò Estefania, ya no es tiempo de burlarme; que si hasta aqui lo han sido, y he podido vivir dellas, era con las esperanças, de que avian de llegar las veras, y avias de ser mia, y si esto no llegara a merecer, me consolara, con que si no lo fueras, por lo menos no te hizieras agena, entregandote a otro dueño; mas ya casada, ò concertada, que tengo que esperar, sino morir. Es posible, que has estado tan ciega que en mi amor, en mis zelos, en mis suspiros, y lagrimas, en los sentimientos de mis versos, y Canciones no has conocido que soy lo que digo, y no lo que parezco? Porque quien ha visto, que vna Dama se enamore de otra? Y supuestto esto, ò determinate a ser mia, dádome la mano de esposa, ò que apenas saldràs con intento contrario por aquella puerta, quando yo me

aya quitado la vida; y veremos luego que haràs, ò como cumpliràs con tu honor para entregarle a tu esposo, y para disculparte con tus padres, y con todo el mundo? Que claro es, que hallandome sin vida, y que violentamente me la he quitado, y viendo que no soy muger, si primero creyendo que lo era, solemnizãçavan por burlas, mis amores, conociendo las veras de ellos, no han de creer que tu estavas ignorante, sino que con tu voluntad me transformè contigo? Quien podrà ponderar la turbaciõ, y enojo de Laurela, oyendo lo que Don Estevan con tanta resolucion dezia: Ninguno por cierto: Mas en lo que hizo se conocerà, que fue casi fuera de juizio, asì la daga que en la mano tenia, diziendo: Matandome yo, escusarè todas estas afrentas, y escusarè, que lo hagan mis padres: Mas Don Estevan, que estava con el mismo cuydado, la tuvo tan firme, que las flacas fuerças de la tierna Dama no bastaron a sacarla de sus manos: y viendola tã rematada, la suplicò se quietasse, q̄ todo era burla: Que lo que era la verdad, era ser Estefania, y no mas, y que se mirasse muy bien en todo, que no se precipitasse, que Estefania seria, mientras ella gustasse que no fuesse Don Estevan. Con esto Laurela, sin hablarle palabra, con muy grande enojo se salió, y la dexò contenta, con aver vencido la mayor dificultad, pues ya por lo menos sabia quiẽ era Laurela, la qual, ni segura de que fuesse

Estefania, ni cierta de que era Don Estevan, se fue a su aposento, con grandissima passion, y sin llamar a nadie se desnudò, y acostò, mandando, dixessen a sus padres, que no salia a cenar por no sentirse buena. Dormian todas tres hermanas, aunque en camas distintas, en vna misma quadra, con lo que Laurela se assegurò, de que Estefania, no se pondria en ningun atrevimiento, caso que fuesse Don Estevan, è ya todos recogidos, y hermanas acostadas, y aun dormidas, sola Laurela desvelada, y sin sosiego, dando bueltas por la cama, empegò a pensar que salida tendria de vn caso tan escandaloso como el que le estava sucediendo. Vnas vezes se determinava a avisar a su padre dello; otras, si seria mejor dezir a su madre que despidicse a Estefania; y otras mirava los inconvenientes que podian resultar, si su padre creeria que ella de tal atrevimiento estava inocente: ya se asegurava en lo mucho que la querian sus padres, y quan ciertos estaban de su virtuosa, y honesta vida: ya reparava, que quando sus padres se asegurassen, no lo avia de quedar, el que avia de ser su esposo; pues comunicacion de tanto tiempo con Estefania, avia de criar en èl zelosos pensamientos: y que, ò avia de ser para perderle, ò para vivir siempre mal casada, que no se podia esperar menos de marido que entrava a serlo por la puerta del agravio, y no de la confianza: Considerava luego las bellas par-

tes de Don Estevan, y pareciale que no le aventajava Don Enrique, mas que en la hazienda: y para esta falta (que no era pequeña) echava en la balança de su coraçon por contra peso, para que igualasse el amor de Don Estevan, la fineza de averse puesto por ella en vn caso tan arduo, las lagrimas que le avia visto verter, los suspiros que le avia oïdo desperdiciar, las palabras que le avia dicho aquella noche, que con estas cosas, y otras, tocantes a su talle, y gracias igualava el peso, y aun hazia ventaja: Ya se alegrava, pareciendole, que si le tuviera por esposo, todas podian embidiar su dicha. Ya se entristecia, pareciendole que su padre no la estimaria, aunque mas noble fuesse, siendo pobre. En estos pensamientos, y otros muchos, vertiendo lagrimas, y dando suspiros, sin aver dormido sueño, la hallò la mañana; y lo que peor es, que se hallò enamorada de Don Estevan, que como era niña, mal leida en desengaños, aquel rapàz, enemigo comun de la vida, del sosiego, de la honestidad, y del honor, el que tiene tantas vidas a cargo como la muerte; el que pintandole ciego vè adonde, como, y quando ha de dár la herida, assestò el dorado harpon al blanco pecho de la delicada niña, y la hirió con tanto rigor, q̄ ya quantos inconvenientes hallava, antes de amar, las mirava fecilidades. Ya le pesara, que fuera Estefania, y no Don Estevan; ya se reprehendia de ayerle hablado con asperezas

ya temia si se avia muerto, como le avia de hazer, y al menor ruido sentia fuera, le parecia que eran las nuevas de la muerte. Todas estas penas la ocasionaron vn accidente de calentura, que puso a todos en gran cuydado, como tan amada de todos, y mas a Estefania, que como lo supo, conociendo procedia de la pena que avia recibido con lo que le avia dicho, se vistió; y fue a ver a su señora, muy triste, y los ojos muy rojos de llorar, que notó muy bien Laurela, como quien ya no la mirava como a Estefania, sino como a Don Estevan. Vino el Medico que avian ido a llamar, y mandò sangrar a Laurela, que executado este remedio, y aviendose ido todos de alli, juzgando, que donde Estefania asistia, todos sobraavan en el servir a Laurela. En fin por ir dando fin a este discurso, tanto hizo Estefania puesta de rodillas delante de la cama, tanto rogò, y tanto llorò, y todo con tan ternísimos afectos, y sentimientos, que ya cierta Laurela de sen D. Estevan, perdió el enojo, y perdonò el atrevimiento del disfraz, y prometiendose el vno al otro palabra de esposo, concertaron se dessimulasen, hasta que ella estuviessse buena, que entonces determinarian lo que se avia de hazer, para que no tuviessen tragico fin tan estraños, y prodigiosos amores. Ay, Laurela, y si supieras quan tragicos seràn! no ay duda, sino que antes te dexaras morir, que aceptar tal, mas escusado es querer escusar lo que ha

de ser: y así le sucedió a esta mal aconsejada niña. O traydor, Don Estevan, en que te ofendió la candidez desta inocencia, que tan apriesa le vás deligenciando su perdicion! Mas de vn mes estuvo Laurela en la cama, bien apretada de su mal, que valiera mas que la acabara: mas ya sana, y convalecida, concertaron ella, y su amante, viendo con la priessa que se le facilitava su matrimonio con Don Enrique, que hechas las Capitulaciones, y corridas dos amonestaciones, no aguardavan a mas que passasse la tercera para desposarlos, y quan imposible era estorvarlo, ni persuadir a sus padres que trocassen a Don Enrique por Don Estevan, ni era lance ajustado descubrir en tal ocasion el engaño de Estefania, menos que estando los dos seguros de la indignacion de Don Bernardo, y Don Enrique, que ya como hijo era admitido, que se ausentasen vna noche, que puestas en cobro, è ya casados, seria fuerza aprovecharse del sufrimiento, pues no avia otro remedio, que pondriã personas, que con su autoridad alcançassen el perdon de su padre, y suspendiendo la execucion para de alli a tres dias, Estefania con licencia de su señora, diziendo, iba a ver vna amiga, ò parienta; salió a prevenir la parte a donde avia de llevar a Laurela, como quien no tenia mas casa, ni bienes, que su persona, y en essa avia mas males, que bienes, que fue en casa de vn amigo, que aunque era mancebo, por

casar , no tenía mal alahajado vn quarto de casa en que vivia , que era el mismo donde Don Estevan avia dexado a guardar vn vestido , y otras cosas , no de mucho valor , que quando el tal amigo le vió en el habito de Dama , que él creía no estava en el lugar. Santi guandose , le preguntó : Qué embeleco era aquel ? A quien Don Estevan fatishizo contandole todo lo que queda dicho , si bien no le dixo quien era la Dama. En fin , le pidió lugar para traerla alli , que el amigo le concedió voluntariamente , no solo por vna noche , sino por todas las que gustasse , y le dió vna de dos llaves que tenia el quarto , quedando advertido , que de alli a dos noches él se iria a dormir fuera , porque con mas comodidad gozasse amores , que le costaban tantas invenciones , con que se bolvió muy alegre en casa de Laurela , la qual aquellos dias juntó todas las joyas , y dineros que pudo , que serian de valor de dos mil ducados , por tener mientras su padre se desenojasse , con que passar. Llegada la desdichada noche , escribió Laurela vn papel a su padre , dándole cuenta de quien era Estefania , y como ella se iba con su esposo , que por dudar que no le admitiria por pobre , aunque en nobleza no le devia nada , y otras muchas razones en disculpa de su atrevimiento , pidiendole perdon , con tierno sentimiento , aguardó a que todos estuviessen acostados , y dormidos , aviendo de nuevo Don

Estevan prometido ser su esposo , q con menos seguridad no se arrojará Laurela a tan atrevida accion , dexando el papel sobre las almohadas de su cama , y Estefania el vestido de muger en su aposento , tomando la llave se salieron , cerrando por de fuera la puerta , se llevaron la llave , porque si fuesen sentidos no pudiesen salir tras ellos , hasta que estuviessen en salvo ; se fueron a la casa que D. Estevan tenia apercebida , dando el traydor a entender à la desdichada Laurela , que era suya , donde se acostaron con mucho reposo , Laurela creyendo que con su esposo , y el imaginando lo que avia de hazer , que fue lo que aora se dirá. Apenas se empezó a reir la mañana , quando se levantó , y hizo vestir a Laurela , pareciendole , que a esta hora no avia riesgo que temer , como quien sabia que en casa de Laurela las criadas no se levantaban hasta las ocho , y los señores à las diez , sino era el criado que iba a comprar , vestido él , y Laurela bien temerosa , que seria tanto madrugar , faccion bien diferente de la que ella esperaba , la hizo cubrir el manto , y tomando las joyas , y dineros , salieron de casa , y la llevó a Sãta Maria , Iglesia Mayor de esta Corte , y en estado alli , le dixo estas razones : Las cosas , hermosa Laurela , que se hazen sin mas acuerdo , que por cumplir con la sensualidad del apetito , no pueden durar , y mas quando ay tanto riesgo , como el que a mi me corre , fugeto al rigor de tu pa-

dre, y esposo, y de la justicia, que no me amenaza menos que la horca: Yo te amè desde que te vi, y hize lo que has visto, y te amo por cierto, mas no con aquella locura que antes, que no mirava en riesgo ninguno, mas ya lo ven todos, y a todos los temo, con que es fuerza de fengañarte. Yo, Laurela, no soy de Burgos, ni Cavallero, porque soy hijo de vn pobre oficial de carpinteria, que por no inclinarme al trabajo, me vine a este lugar, donde sirviendo he pasado, fingiendo nobleza, y cavalleria: Te vi, y te amè, y busqué la invencion que has visto, hasta conseguir mi deseo: y si bien no fueras la primera en el mundo, que casandose humildemente ha venido de alto a baxo estado, y trocando la seda en sayal, ha vivido con su marido contenta. Quando quisiera yo hazer esto, es imposible, porque soy casado en mi tierra, que no es veinte leguas de aqui, y mi muger la tienen mis padres en su casa, sustentandola con su pobre trabajo; Esto soy, que no ay tal potro como el miedo, que en él se confiesan verdades. Tu puedes considerar como me atreverè a ser hallado de tu padre, que a este punto yà serè buscado, donde no puedo esperar, sino la muerte, que tan merecida tengo por la traicion que en su casa he cometido: Nada mirava con el deseo de alcãçar tu hermosura, mas ya es fuerza que lo mire, y asì vengo determinado a dexarte aqui, y ponerme en salvo, y para hazerlo tengo neces-

sidad destas joyas, que tú no has menester, pues te quedas en tu tierra, donde tienes deudos que te ampararan, y ellos reportaràn el enojo de tu padre, que al fin eres su hija, y considerará la poca culpa que tienes, pues has sido engañada: aqui no ay que gastar palabras, ni verter lagrimas, pues con nada desto me has de enternecer, porque primero es mi vida que todo; antes tu misma, si me tienes voluntad, me aconsejâras lo mismo: pues no remedia nada de tu perdida, con verme morir delante de tus ojos, y todo lo que me detengo aqui contigo, pierdo de tiempo para salvarme. Sabe Dios, que si no fuera casado, no te desamparâra, aunque fuera echarme vna esportilla al ombro para sustentarte, que ya pudiera ser que tu padre, por no deshonorarse, gustara de tenerme por hijo: mas si tengo muger, mal lo puedo hazer, y mas que cada dia ay aqui gente de mi tierra, que me conocen, y luego han de llevar allà las nuevas, y de todas maneras tengo de parecer. Dicho te he lo que importa, con esto quedate, a Dios, que yo me voy a poner al punto a cavallo, para en partiendo de Madrid, escusarme el peligro que me amenaza. Dicho esto, sin aguardar respuesta de la desdichada Laurela, sin obligarse de su lindeza, sin enternecerse de sus lagrimas, sin apiadarse de sus tiernos suspiros, sin dolerse del riesgo, y desamparo en que la dexava, como civil, y ruin, que quiso mas la vida infame,

que

qué la muerte honrosa , pues muriendo a su lado cumplia con su obligacion, la dexò tan desconsolada, como se puede imaginar, vertiendo perlas, y pidiendo a Dios la embiasse la muerte, y se fue donde hasta oy no se sabe nuevas del, si bien, piadosamente podemos creer, que no lo dexaria Dios sin castigo. Dexemos a Laurela en la parte dicha adonde la traxo su ingrato amante, ò donde se traxo ella misma, por dexarse tan facilmente engañar, implorando justicias contra el traydor, y temiendo las iras de su padre, sin saber que hazer, ni donde irse. Y vamos a su casa, que ay bien que contar en lo que passava en ella, que como fue a hora que el criado, que tenia a cargo ir a comprar lo necessario, se vistió, fue a tomar la llave (que siempre para este efecto quedava en la puerta por la parte de adentro, porque no inquietassen a los señores que dormian) y no la hallò, pensò que Estefania, que era la que cerrava, la avria llevado, hubo de aguardar, hasta que yà las criadas vestidas, salieron a aliiñar la casa, y dichos les fuesen a pedir la llave a Estefania, de que enfadadas, como embidiosas, dé ver que ella lo mandava todo. Despues de aver mormurado vn rato, como se acostumbra entre este genero de gente, entraron a su aposento, y como no la hallaron sino solos los vestidos sobre la cama, creyeron se avria ido a dormir con Laurela, de quien no se apartava de noche, ni de dia, mas como

vieron que todas reposavan, no se atrevieron a entrar, y bolviendose a fuera, empezaron a dezir bellezas sobre la curiosidad de quitar la llave; y assi estuvieron hasta que fue hora, que entrando en la Camara, y abriendo las ventanas, para que sus señoras despertassen, viendo las cortinas de la cama tiradas, fueron, y abriendolas, diciendo: Estefania, donde puso a noche la llave de la puerta? Ni hallaron a Estefania, ni a Laurela, ni otra cosa, mas del papel sobre las almohadas: y viendo vn caso como este, dieron voces, a las quales las hermanas, que durmiendo, con el descuydo que su inocencia pedia, estavan, despertando despavoridas, y sabido el caso, saltaron de las camas, y fueron a la de Laurela, entendiendo era burla que les hazian las donzellas, y mirando, no solo en ella, mas debaxo, y hasta los mas pequeños doblezes, creyendo en alguno las avian de hallar, con que desfengañadas tomaron el papel, que visto, dezia el sobrefcrito a su padre, llorando, viendo por esta seña, que no avia que buscar a Laurela, se le fueron a llevar, contandole lo que passava, se le dieron, que por no ser cansada, no refiero lo que dezia, mas de que, como he dicho, le contava quien era Estefania, y la causa porque se avia transformado de Cavallero, en Dama, como era Don Estevan de Fei, Cavallero de Burgos, y como a su esposo le avia dado possession de su persona, y se iban hasta que se moderasse la

ira, y otras cosas a este modo, parando en pedirle perdon, pues el yerro solo tocava en la hazienda, que en la calidad no avia ninguno: La pena que Don Bernardo sintió, leído el papel, no ay para que ponderarla, mas era cuerdo, y tenia honor, y considerò, que con voces, y sentimientos no se remediava nada, antes era espantar la caza para que no se viniesse a su poder. Considerò esto en vn instante, pareciendole mejor modo para cogerlos, y vengar se, el disimular, y así entre enojado, y risueño, viendo a D. Leonor, y sus hijas deshazerse en llanto, las mandò callar, y que no alborotassen la casa, ni Don Enrique entendiesse el caso, hasta que con mas acuerdo se le dixesse, que para que avian ellas de llorarle el gusto a Laurela, que pues ella avia escogido esposo, y le parecia, que era mejor que el que le dava, que Dios la hiziesse bien casada, que quando quisiesse venir a èl, claro esrà que la avia de recibir, y amparar como a hija. Con esta dissimulacion, pareciendole, que no se le encubririan para darlas el merecido castigo; mandò a los criados, que pena de su indignacion, no dixessen a nadie nada, y a su muger, y hijas que callassen; yà que no los escusò la pena, moderò los llantos, y escandalo, juzgando todos, que pues no mostrava rigor, que presto se le passaria el enojo, si tenia alguno, y los perdonaria, y bolveria a su casa, si bien su madre, y hermanos, a lo sordo, se deshazian en lagri-

mas, ponderando entre ellas las palabras, y acciones de la engañosa Estefania, advirtiendo entonces, lo que valiera mas que hizieran antes. Tenia Don Bernardo vna hermana casada, cuya casa era cerca de Santa Maria, y su marido oia todos los dias Missa en la dicha Iglesia, pues este, como los demàs dias, llevado de su devocion, entrò casi a las onze en ella, donde hallò a Laurela, que aunque le viò, y pudiera encubrirse, estava tan desesperada, y aborrecida de la vida, que no lo quiso hazer, que como la viò tan lexos de su casa, sola, sin su madre, ni hermanas, ni criada ninguna, y sobre todo tan llorosa, le preguntò la causa, y ella, con el dolor de su desdicha, se la contò, pareciendole, que era imposible encubrirlo, supuesto que yà por el papel que avia dexado a su padre, estaria publico. Algunos avrà que digan, fue ignorancia, mas bien mirado, que podia hazer, supuesto que su desdicha era tan sin remedio, por que como creyò que su atrevimiento no tenia de yerro mas de casarse sin gusto de su padre, con essa seguridad se avia declarado tanto en el papel; y así en esta ocasion no le encubrió a su tio nada, antes le pidió su amparo, y el que le diò fue, que diziendole palabras bien pesadas, la llevó a su casa, y la entregò a su tia, diziendole lo que passava, que aun con mas riguridad que su marido la tratò, poniendo en ella violentamente las manos, con que la desdichada Laurela, de-

mas

mas de sus penas, se hallò bien, desconsolada, y afligida. Fue el tio al punto en casa de su cuñado, dándole cuenta de lo que passava. Con esta segunda pena se renovò la primera en las que aun no tenían los ojos enjutos della. En fin por gusto de su padre, Laurela quedò en casa de su tia, hasta que se determinasse lo que se avia de hazer, y por ver si se podia coger el engañador, y los dos juntos contaron a Don Enrique lo que avia sucedido, del qual fue tan tierno el sentimiento, que fue milagro no perder la vida, ademàs que le pidió, que passassen adelante los conciertos, sin que sus padres supiesen lo que passava, que si Laurela avia sido engañada, el mismo engaño le servia de disculpa, tan enamorado està Don Enrique; a quien su padre respondió, que no tratasse de esso, que yà Laurela no estava mas que para vn Convento. Mas de vn año estuvo Laurela con sus tios, sin ver a sus padres, ni hermanas, porque su padre no consintió que la viesse, ni él, aunque iba algunas vezes a casa de su hermana, no la veía ni ella se atrevia a ponerse delante, antes se escondia temerosa de su indignacion: passando vna triste, y desconsolada vida, sin que huviesse persona que la viesse, ni en ventana, ni en la calle, porque no salia sino era muy de mañana a Misa, ni aun reir, ni cantar, como solia, hasta que al cabo deste tiempo, vn dia de nuestra Señora de Agosto, con su tia, y criadas, madrugaron,

y se fueron a nuestra Señora de Atocha, donde para ganar el Jubileo que en este dia ay en aquella Santa Iglesia, confessaron, y comulgaron: Laurela con buena intencion (quien lo duda) mas la cruel tia, no sè como la llevaba, pues no ignorava la sentencia que estava dada contra Laurela, antes avia sido vno de los juezes della. Mucho nos sufre Dios, y nosotros por el mismo caso le ofendemos mas. Cruel muger por cierto, que yà que su marido, y hermano eran complices en la muerte de la Dama, ella, que la pudiera librar, llevádola a vn Convento, no lo hizo: mas era tia, que es lo mismo que suegra, cuñada, ò madrastra. Con esto lo he dicho todo. Mientras ellas estavan en Atocha, entre el padre, y el tio por vn aposento que servia de despensa, donde no entravan sino a facar lo necessario della, cuyas espaldas caían a la parte donde su tia tenia el estrado, desencajaron todo el tabique, y puestolo de modo, que no se hechasse de ver. Venidas de Atocha se sentaron en el estrado, pidiendo las diessen de almorçar, con mucho sosiego, y a la mitad de el almuerço, fingiendo la tia vna necesidad precisa, se levantò, y entrò en otra quadra desviada de la sala, quedando Laurela, y vna donzella que avia recibido para que la sirviesse, bien descuydadas de la desdicha que les estava amenazando: y si bien pudieron salvar a la donzella, no lo hizieron, por hazer mejor su hecho; pues apenas

se apartò la tia, quando los que ella van de la otra parte derribaron la pared sobre las dos, y saliendo fuera cerraron la puerta, y el padre se fue a su casa, y el tio diò la buelta por otra parte, para venir a su tiempo a la fuya: pues como la pared cayó, y cogió las pobres Damas, a los gritos que dieron las desdichadas, acudieron todas dando voces, las criadas con inocencia, mas la tia cò malicia al mismo tiempo que el tio, entrò con los vezinos, que acudieron al golpe, y alboroto, que hallado el fracaso, y ponderando la desgracia, llamaron gente, que apartase la tierra, y cascotes, que no se pudo hazer tan apriesa que quando surtiò efeto, hallaron a la fin ventura Laurela, de todo punto muerta, porque la pared la avia abierto la cabeça, y con la tierra se acabò de ahogar. La donzella estava viva, mas tan maltratada, que no durò mas de dos dias: La gente que acudiò se lastimava de tal desgracia, y su tia, y tio la lloravan por cumplir con todos, mas a vna desdicha de fortuna, que se podia hazer sino darles pesames, y consolarlos. En fin passò por desgracia, la que era malicia: y aquella noche llevarò la malograda hermosura a San Martin, donde tenia su padre entierro. Fueron las nuevas a su padre, que no era necesario darselas, que las recibió con feveridad, y èl mismo las llevó a su madre, y hermanas, diziendo q̄ ya la fortuna avia hecho de Laurela, lo que èl avia de hazer en castigo de su atrevimiento, en cuyas palabras

conocieron que no avia sido acaso el suceso, que los tiernos sentimientos que hazian, lastimavan a quantos la miravan; y para que su dolor fuesse mayor, vna criada de sus tios de Laurela, que servia en la cozina, y se quedó en casa quando fueron a Atocha, oyò los golpes que davan para desencaxar la pared en la despenfa, y saliendo a ver que era, azechò por la llave, y viò a su amo, y cuñado q̄ lo hazian, y dezia: Pague lo la traydora, q̄ se dexò engañar, y vencer, pues no hemos podido hallar al engañador, para que lo pagaran juntos. La moza como oyò esto, y sabia el caso de Laurela, luego viò que lo dezian por ella, y cò grã miedo, temiendo no la matassen, porq̄ lo avia visto, sin hablar palabra se bolvió a la cocina, ni menos, ò no se atrevió, ò no pudo avisar a Laurela, antes aquella misma noche, mientras se andava previniendo el entierro, cogió su atillo, y se fue, sin atreverse a descubrir el caso à nadie, y aguardando tiempo, pudo hablar en secreto a la hermana mayor de Laurela, y le contó lo que avia visto, y oído, y ella a su madre, y a la otra hermana, que fue causa de que su sentimiento, y dolor se renovasse, que les durò miétras vivieron, sin poder jamás consolarse. Las hermanas de Laurela entraron a pocos meses Monjas, que no se pudo acabar con ellas se casassen, diziendo, que su desdichada hermana las avia dexado buen defengañio de lo que avia que fiar de los hombres, y su madre despues que embiudò con ellas,

ellas, las quales contavan este suceso, como yo le he dicho, para q̄ sirva a las Damas de defengaño, para no fiarse de los bien fingidos engaños de los cautelosos amantes que no les dura de voluntad mas de hasta vencerlas.

Dirán aora los Cavalleros presentes, dixo la hermosa Lisis, viendo que Matilde avia dado fin a su defengaño, quantos males causamos nosotros; y si bien hablan ironicamente diran bien, pues en lo que acabamos de oir se prueba bastantemente la cautela con que se gobiernan las desdichadas mugeres, no llenando la mira a mas que vencerlas, y luego darles el pago que dió Don Estevan a Laurela sin perdonar el engaño de transformarse en Estefania, y que huviese en él perseverancia, para que en tanto tiempo no se cansase de engañar, ò no se reduxesse a querer de veras, quien le vió tan enamorado, tan fino, tan zeloso, tan firme, tan hecho petrarca de Laurela, como el mismo petrarca de Laurela, que no tuviera entre tantas desdichadas, y engañadas, como en las edades passadas, y presentes ha avido, y ay, como lo hemos ventilado en nuestros defengaños, que avia de ser Laurela la mas dichosa de quantas han nacido, y que avia de quitarnos a todos con su dicha, la azedia de tantas desdichas. Ha Señores Cavalleros, no digo yo que todos seais malos, mas que no se como se ha de conocer el bueno; demás que yo no os culpo, de otros

vicios, que esso fuera disparato, solo para con las mugeres no hallo con que disculparos. Conocida cosa es, que aveis dado todos en este vicio, y hallareis mas transformaciones que Promateo por traer vna muger a vuestra voluntad: y si esto fuesse para perseverar, amandola, y estimandola, no fuera culpable; mas para engañarla, y deshonorarla que disculpa avrá que lo sea? Vosotros hazeis, a las mugeres malas, y os poneis a mil riesgos, porque sean malas, y no mirais, que si las quitais el ser buenas, como quereis q̄ lo sean, si inquietais la casada, y ella persuadida de las finezas q̄ hazeis, pues no son las mugeres marciales, la derribais, y hazeis violar la fee que prometió a su esposo: Como será este buena, direis, siendo lo, que no se hallan ya a cada passo Santas Teodoras Alexandrinas, que por solo vn yerro que cometió contra su esposo, hizo tantos años de penitencia; antes oy en haziendo vno, procuran hazer otro por ver si les sale mejor, que no le hizieran, sino huvieran caído en el primero. Dexase vencer la viuda honesta de vuestros ruegos. Responderéis, no se rinda, que no ay mugeres Tortolas, que siempre lamentan el muerto esposo; ni Artemisas que mueran llorandole sobre el sepulcro. Como quereis que esta sea buena, si la hizisteis mala, y la enseñasteis a serlo? Veis la siempre donzella, criada al abrigo de sus padres, y traeis ya el gusto tan desenfadado, q̄ no hazeis ascos de

nada? Lo mismo es que sea donzella, que no lo sea; dixeras linda, y desahogadamente qualquiera yerro por pesado, y fuerte que sea, solicitaisla, regalaisla: y aun si estos tiros no bastan, la amagais con casamiento. Cae, que no son las murallas de Babilonia, que tan acosta labrò Semiramis. Daisla mal pago, faltando lo que prometisteis; y lo peor es, que faltais a Dios, a quien aveis hecho la promesa. Que queris que haga esta? proseguir con el officio q̄ la enseñasteis, si se libra del castigo a que està condenada si lo saben sus padres, y deudos luego cierto es, que vosotros las hazeis malas: y no solo esso, mas dezis que lo son. Pues ya que sois los hōbres el instrumento de q̄ lo sean, dexadlas, no las deshonreis, que sus delitos, y el castigo dellos a cuenta del Cielo estàn, mas no sè si vosotros os librareis tambien dellos, pues lo aveis causado, como se ve cada dia en tantos como pagan con la vida. Pues lo cierto es, que a ninguno matan que no lo merezca, y si en la presente justicia no lo devia, de atràs tendria hecho por donde pagasse, que como a Dios no ay nada encubierto, y son sus secretos, tan incomprehensibles, castiga quando mas es su voluntad, ò quizà cãfado, de que apenas falis de vna, quando os entráis en otra: y es, que como no amais de verdad en ninguna parte, para todas os hallais desembaraçados. Oï preguntar vna vez a vn desembaraçado de amor (porque aunque dizen que le tiene,

es engaño, supuesto que en èl la lealtad està tan achacosa como en todos) que de q̄ color es el amor? Y respondile, que el que mis padres y abuelos, y las historias que son mas antiguas, dizen se vsava en otros tiempos, no tenia color, ni el verdadero amor le ha de tener: porque ni ha de tener el alegre carmesi, porq̄ no ha de esperar el alegria de alcançar: ni el negro, porque no se ha de entristecer, de que no alcance, ni el verde, porque ha de vivir sin esperanças, ni el amarillo, porque no ha de tener desesperaciones; ni el pardo, porque no ha de darle nada de esto pena. Solas dos le competen, que es el blanco, puro, candido, y casto; y el dorado por la firmeza, que en esto ha de tener. Este es el verdadero amor, el que no es delito tenerle, ni merecer castigo. Ay otro modo de amar; vnos, que no manchan jamàs la lealtad. Este es el amor imitador de la pureza. Otros q̄ tal vez violado, arrepentido de aver quebrado la lealtad, buelve por este merito a grengear lugar en amor; mas no por puro, sino por cōtinente. El amor de aora, q̄ vsais, señores Cavalleros, tiene muchas colores, yà es rubio, ya pelinegro, ya moreno, ya blanco, ya cañado, ya soltero, ya civil, ya mecanico, è ya ilustre, y alto: Y Dios os tēga de su mano; no le busqueis barbado, que andais tan de mezcla, que ya no sabeis de que color vestirlo: Para conseguir esto, es fuerça que hagais muchas mugeres malas, è

ya muchas que lo son por desdicha, y no por accidente, ni gusto; y a estas no es razon que las deis esse nombre, que si es culpa sin perdon darle, aun las mas comunes. Pues el honrar a las mugeres comunes, es deuda, que se à en las que no lo son? Que entre tantos como oy las vituperan, y ultrajã, no se halle ninguno que las defienda, puede ser mayor desdicha, que ni aun los Cavalleros, que quando señalan por tales, prometen la defensa de las mugeres, se dexen tambien llevar de la vulgaridad, sin mirar que faltan a lo mismo que son; y la fè que prometieron? No ay mas que ponderar, y que ya qme las hazeis malas, y estudiais estuicias para que lo sean, ocasionando sus desdichas, deshonoradas, y muertas que gusteis de castigarlas con las obras, y afrentarlas cõ las palabras? Y que no os corrais de que sea asì? Dezid bien dellas; è ya os perdonaremos el mal que las hazeis. Esto es lo que os pido, q̃ si

lo mirais sin passion, en favor vuestro es mas que en el fuyo, y los mas nobles, mas afectuosos, hareis que los que no lo son, por imitarlos hagan lo mismo: Y creed, que aunque os parece que ay muchas, ay muchas mas inculpables: y que no todas las que han sido muertas, violentamente lo devian, que si muchas padecen con causa, ay tantas mas que no lo han dado, y si la dieron, fue por aver sido engañadas.

Mas dixera Lisís, y aun creo, que no fuera mal escuchada, porque los nobles, y cuerdos presto se sugetan a la razon, como se viò en esta ocasion, que estan los Cavalleres tan colgados de sus palabras, que no huvo, aì tal, que quisiesse, ni cõtra-dezirla, ni estorvarla. Mas viòdo la linda D. Isabel, que era tarde, y faltatavan dos defençios para dár fin a la noche, y tambien, que D. Luísa se prevenia para dár principio al que le tocava, haziendo señas a los Musicos, cantò asì.

Si amados pagan mal los hombres, Gila,
dime que haràn si son aborrecidos,
si no se obligan quando son queridos,
porque tu lengua su traicion perfila?

Su pecho es vn Caravis, y vna Escila,
donde nuestros deseos vãn perdidos,
no te engañen, que no han de ser creídos
quando su boca mas dulzor destila.

Si la que adoran tienen oy consigo,
que mejor es llamarla la engañada,
pues engañada està quien dellos fia.

A la que encuentran, como soy testigo,
dentro de vn hora dicen que es la amada;
concluyasse con esto tu porfia.

Su cruel tiranía,

huir pienso animosa,

no he de ser de sus giros mariposa,

En solo vn hombre creo,

cuya verdad estimo por empleo.

Y este no està en la tierra,

porque es vn hombre Dios, que el Cielo encierra.

Este si que no engaña,

este es hermoso, y sabio,

y que jamás hizo à ninguno agravio.

NOCHE VII.

QVando la hermosa D. Isabel acabò de cantar, ya Doña Luisa tenia ocupado el asiento del desengaño, y con mucha gracia, dixo asì: Por mi vida, que no sè que mayor desengaño, hermosas Damas, quereis oir, que este Soneto, que la hermosa Doña Isabel acabò aora de dezir, pues en èl ha dicho el hombre que solo ay que no se engañe, y el que merece solo ser amado. Mas yà que no puedo escusar de dezir lo que me toca dexarè a vna parte, muchas que pudiera detener. Si supierades los penosos desafossiegos que tuve con mi esposo, tan opuesto a mi voluntad, que jamás le conocì agradecido a ella, antes con muchos desabrimientos en las palabras, y vn pedaço en los ojos, me satisfacìa, quando mas le grangeava, y lisongeava con caricias: mas porque para si, na-

die es buen juez, a los ojos agenos dexarè muchas fortunas mias: y contarè desdichas agenas, contando vna historia tan verdadera, que aun oy ay quien no tiene, acordandose della, enjutas las lagrimas, no dando mas reprehension a los Cavalleros, de la que el mismo desengaño les ofrece: porque fuy tan amante de los despegos, y tibieças de mi esposo, que en èl respeto a todos, y con esta advertencia digo asì.

Por muerte de vn gran Señor de España, quedaron sin el amparo que tenían en su padre, por averles faltado su madre dias antes, vn hijo y quatro hijas de la hermosura, y virtudes que se puede creer tendrìa tan grandes señoras: y si bien entrado su hermano en la herencia de los Estados, les previno a sus hermanas el amparo de padre, no les pudo pre-

venir el librarlas de la desdichada estrella en que nacieron, que puedo asegurar, que de cada vna se pudiera contar vn desengaño, pues, ni les seruió la hermosura, la virtud, el entendimiento, la Real sangre, ni la inocencia, para que no fuesen víctimas sacrificadas en las aras de la desgracia. La primera, llamada de Doña Mayor, casó en Portugal, y esta señora se llevó consigo, quando se fue con su esposo, a la menor de todas. Su nombre es D. Maria, con intencion de darla en aquel Reyno marido igual a su grandeza; mas a la vna, y otra siguió su mala fortuna: porque no siendo D. Mayor amada de su esposo, por la simpatia que la Nacion Portuguesa tiene con las damas Castellanas, en no hazer confianza dellas, y assi, ó por provarla, ó lo mas cierto, por tener achaque para librarfe della, con color de agravio, escribió vna carta en nombre de vn Cavallero Castellano, dádosela a vn paje, que se la llevasse a su señora, que hecho assi estandola leyendo, admirada de que a ella se escribiesse tal, entró el marido, que aguardava esta ocasion, y sacando la espada para matarla, porque el triste paje a voces empezó a dezir la traicion, le mató, y luego a su inocente esposa: la hermana viendo el fracaso, y aviendo muy bien oído, ella, y las criadas lo que el paje avia dicho, temiendo la muerte (que le diera sin duda) se arrojó por vna ventana, y de las criadas Castellanas, se escaparon al-

gunas, y otras acompañaron a su señora en el eterno viage. D. Maria fue tan desgraciada, que se rompió todas las piernas, de modo que algunos años que vivió estuvo siempre en la cama, porque al caer pudo ser vista de algunos Cavalleros Castellanos que asistían a su mallograda hermana, los quales la salvaron, y traxeron a Castilla; que sabido el caso por su Magestad castigó el reo, como hasta oy ay memoria de su castigo.

La segunda hermana, y cuyo nombre es D. Leonor, casó en Italia; esta señora, teniéndolo ya de su matrimonio vn niño de quatro años, porque alabó de muy galán vn Capitan Español, no con mal intento, sino que de verdad lo era, estando se labando la cabeza entró el marido por vna puerta escusada de vn retrete, y con sus propios cabellos, que los tenia muy hermosos, la hizo lazo a la garganta, con que la ahogó, y despues mató el niño con vn veneno, diziendo, que no avia de heredar su Estado hijo dudoso; y si al Capitan avisado por vna dama de la misma señora, no se escapara, corriera la misma fortuna. Quedó por casar D. Blanca, que era tercera hermana, y la primera, no solo de las demás en hermosura, entendimiento, y valor, mas de todas las demás de aquel tiempo, porque assi lucia D. Blanca entre las mas solemnizadas de la Corte, como el luzero entre las demás estrellas. Por conveniencias a la Real Corona, y gasto de su hermano, se concertó

su matrimonio con vn Principe de Flandes, cuyo padre, que aun vivia era gran Potentado de aquel Reyno. No avia sucedido, ni sucediò tã presto la desdicha de sus hermanas, porque puede creer, que si sucediera antes de casarse Doña Blanca, por sin duda tengo, que no lo aceptara, antes se entrara Religiosa, mas avia de seguir por lo que las demas, y así la suerte cruel no executò su deseo, hasta que ya D. Blanca estuvo cautiva en el laço, que sola la muerte le rompe. Con poco gusto aceptò la hermosa señora el casarse, sin conocer, ni saber con quien, porque dezia, y dezia bien, q̄ era grande animo el de vna muger quando se casava solo por conveniencias, y ageno gusto, con vn hõbre de quien ignorava la condicion, y costumbres; por cuya causa embidiava a las que se casavan, precediendo primero las finezas de enamorados; pues quando sobre voluntad no aceptasse, no se podia quejar de nadie; sino de si misma, y viendo que no podia conseguir este modo de casarse, al tiempo de firmar las capitulaciones, sacò por condicion antes de otorgarlas, que el Principe avia de venir a España, y antes de casarse, la avia de galantear, y servir vn año, de la misma manera, y con las mismas finezas que sino estuviera otorgada por su esposa, sino que la enamorasse con pasfeos, mulicas, villetes, y regalos, como si la pretendiera a escusas, y a fuerça finezas; porque queria amar por el trato, y conocer en èl el en-

tendimiento, condicion, y gracias de su esposo. Mucho rieron su hermano, y todos quantos supieron las condiciones, con que D. Blanca aceptò el casamiento, que aun en Palacio se contava, y reia; mas su hermano que la queria ternissimamente, por darla gusto, por que se dilatasse el perderla, vino en todo quanto D. Blanca pedia, y así se avisò al Principe, que hizo lo mismo con mucho gusto, que como era de poca mas edad que D. Blanca, por ver a España, si bien a descontento de su padre, puso luego en execucion su partida. Tenia D. Blanca, entre las damas que la asistian, vna, que se avia criado con ella desde niñia, y a quien amava mas que ninguna, con quien comunicava lo mas secreto de sus pensamientos: Pues vn dia que D. Blanca, se estava tocando, y todas sus damas asistendola, les preguntò (como era tan afable.) Que aveis oïdo de lo que se platica en la Corte, de las condiciones con que aceptè este casamiento? Doña Maria (que se llamava la dama tan querida suya) le respondiò como la que fiada en su amor hablava con mas libertad: Si te he de dezir verdad, señora mia, a todos oygo dezir, que es locura; porque pudiendo gozar gustos descansados con tu esposo, le quieres condenar, y te cõdenas a la pena de la dilaciõ, y a los desafostegos de amar, con esperanças de possleer lo mismo que es tuyo. Y quien son los necios Doña Maria (preguntò D. Blanca)

ca) que llaman locura a vna razon fundada en buen discurso? De manera, que sienten mejor de casarse vna muger con vn hombre, que jamás vió, ni habló, y que suceda ser feo, ò necio, ò desabrido, ò mal compuesto, y se halle despues aborrecida, y desesperada de averse empleado mal, que no avisarse del caudal que lleva en su esposo? Todas quantas cosas se comprá se procuran ver, y que vistas agraden al gusto, como es vn vestido, vna joya, y vn marido, que no se puede deshazer del como de la joya, y del vestido, ha de ser por el gusto ageno? quanto mas acertado es, que galan la grangee la voluntad, y ella bien hallada con ella se la pague; que no como hemos visto a muchas que se casan sin gusto, y viviendo sin él se passan de la vida a la muerte, sin aver vivido el tiempo que duró el casamiento, ò que viendo se galanteadas de otros que supieron con finezas grangearles la voluntad, como no se la tenian a sus esposos, caer en muchas liviandades, que no cayeran si los amaran? No ay, D. Maria, mas firme amor, que el trato, con él se descubren los defectos, ò gracias que ha de tener por compañero toda la vida. Y a los que se valen del adagio vulgar: Que quien se casa por amor, vive con dolor, tengo por ignorante, pues su misma ignorancia le desmiente, porque jamás se puede olvidar lo que de veras se amó, y amado no sienten, ni las penas, ni las necesidades, ni las incomodidades:

todo lo dora, y en dulçura el amor; y si tal vez ay desabrimiento: lo causan las desigualdades que en los casamientos por amores ay; mas si son iguales en la nobleza, y en los bienes de fortuna; què desabrimientos, ni dolor puede aver, que no lo supla todo el amor? Es como dezir muchos, que el marido no ha de ser zeloso: Es engaño notable; pues no siendolo, tanto, que peque en necio, y él no falte, por zeloso al cariño, y regalo de su esposa, antes con esso la escusa, de que no sea facil; pues mas presto se arroja a qualquiera travessura la que tiene el marido descuydado, que no la que le tiene cuydoso, pues sabe, que tiene, ò no tiene lugar: Yo, por lo menos, quiero conocer en mi esposo, en las finezas de galan, lo cariñoso, quando sea marido, y en los aciertos de puntual, sin possession, lo que obrará puesto en ella. Estoy bien cõ esso, dixo D. Maria: Mas, tu señora, no puedes, aunque conozcas diferentes condiciones en el Principe, de las que en tu idea te prometes? Puedes ya dexar de ser fuya? En esso ay mucho que averiguar, porque yo no soy la q me le he prometido, q a ser esso assi, no procurara avisarme dello que cobro en él: han me le prometido galan, bien entendido, afable, liberal, con otras mil prerogativas, de que vienen llenas las cartas; tantos hiperboles, como dicen los retratos; que se ha visto infinitas vezes ser engañosos. Averiguo otra cosa. Luego no tendré obligacion de cumplir lo firmado,

pues no me dan lo que prometieron? Y para esto ay Conventos, pues no me tengo yo de cautivar con otro, diferente del que me dixeron; y me puedo llamar engaño, diciendo, que yo me prometí a un hombre perfecto, y q̄ supuesto q̄ me le dá imperfecto, que no es el que me ha de merecer: Venga el Principe, y empiecefe la labor amorosa, q̄ no permitirá el Cielo que sea menòs que como yo deseo, y sepa ser buen galan, para que despues no sea descuydado marido, q̄ sino fuere tal como me le han pintado, el tiempo me dirà lo que tengo de hazer, y cada vno siga su opinion, que yo no pienso apartarme de la mia. Con estos, y otros coloquios entretenia D. Blanca, y sus damas, el tiempo que tardò en llegar el Principe, que venido, y visto, en quanto a la presencia, talle, y gala, con la hermosura del rostro, y no huvo que desperdiciar, y aun a D. Blanca le pareció muy bien, y no sè si le pesò del còcierto, en quanto a la dilacion, segun lo diò a entender, quando le viò por entre vnas menudas zelosias, y despues oyendole hablar con su hermano, por lo que la podia cubrir vna ante puerta. Teniente prevenida posada en la misma calle donde vivia D. Blanca que de industria, para conseguir lo concertado, no se aposentaron en su misma casa. Entre las demàs gracias que tenia el Principe, era hablar muy bien nuestra lengua, porque los señores siempre tienen Maestros que los habilitan en todas. No quiso D. Blanca que la vieta aquel

dia el Principe, dando por escusa el no hallarse apercebida, escusando la visita, que de cortesia se devia hazer quizá por tenerle mas deseoso de su vista, ò porque naturalmente no se casava con gusto; y quedando citada para otro dia, el Principe, y su gente se fueron a descansar. Venida la mañana, D. Blanca se levantò muy melancolica, tanto, que a fuerza, parecia que estava deteniendo las lagrimas, que por sus hermosos ojos estavan reventando por salir, teniendo a sus criadas confusas, y mas a D. Maria, estrañando el no darle parte de su pena, y assi en burlas le dixo. Que severidad, ò tristeza es esta señora? en tiempo de tanta alegria, como es justo tener por la venida del Principe mi señor? A esto respondió D. Blanca, aun hasta aora, no es razon darle este titulo, que aun ay de plaço vn año hasta que lo sea. Y aun esto deve de ser, replicò D. Maria, lo que te tiene triste: Sino es que no te ha parecido bien el novio. Dinollo, assi el Cielo te haga con èl muy dichosa. Por tu vida D. Maria, respondió D. Blanca, y por la mia tambien, que ni es lo vno, ni lo otro; porque en quanto averme parecido bien, te puedo jurar que yo soy la apasionada; y en quanto a desear que el año del còcierto estuviese cumplido, te doy mi palabra, que quisiera que durara vna eternidad, y assimismo te prometo, que no sè de que me procede este disgusto si ya no es de pensar que tengo de auentarme de mi natural, y de mi

hermano, è irme a tierras tan remotas, como son adonde he de ir; mas tampoco me parece es la causa esta, ni la puedo dar alcance, aun que mas lo procurò. Hablando en esto, y otras cosas, con que sus damas la procuravan divertir, se aderezò, y prendiò con tanto cuydado suyo, y de todas, que parecia vn Angel, y saliò donde su hermano, y el Principe la aguardavan, que se enamorò tanto de la hermosa D. Blanca, ò lo fingiò, que el coraçon del hombre para todo tiene astucias, que diò bien a entender con los ojos, y las palabras, quãto le pesava de la dilacion, que para gozar tal belleza avia; y començandose desde este punto el galanteo en las alabanças, y en la vista, tuvo fin la visita, y D. Blanca se retirò a su quarto, tan triste, que ya no tan solo procurava detener las perlas, que a las ventanas de sus ojos se afomavan, mas dexava caer hasta el suelo quantas desperdiciavan sus pestañas. O que profeta es el coraçon, pocas vezes se olvida de avisar las desdichas que han de venir, si nosotros le creyessimos! Porque confessar que le agradava el Principe; no negar que le amava, averle parecido bien, y no desear la possession, antes pesarle, de que para llegar a tenerla, era corto plazo el de vn año, y que quisiera fuera mas dilatado: Cosas son que admiran. Acostose al punto, sin querer responder a quanto sus damas le dezian, y estuvo sin levantarse de la cama quatro dias, admirando a todos, y

mas a su hermano que la entrò a ver, tan diferentes efectos como en ella veian; en los quales dias de indisposicion informado el Principe, qual era la dama mas querida de D. Blanca, y sabido que era D. Maria, la hablò, y diò vn papel, y vn rico presente de cosas muy saçonadas de su pais, y para ella vna joya de mucho valor, con otras q̄ repartiessse con las otras damas, que D. Maria recibì, y avien-dolo llevado a su señora, despues de dàr a las damas sus joyas, y D. Blanca vistio las suyas, muy agradada dellas, leyò el papel, que dezia de esta manera.

No deve ser admitido galan, el que no sana su atrevimiento con el deseo de ser esposo, ni tampoco ser à buen marido el que no fuere finissimo galan; pues es fuerça que lo sea todo para ser perfecto en todo: Luzese bien vuestro entendimiento hermosissima seño ramia, en disponer q̄ la gloria de mereceros se conquiese con la pena de deseáros: que soy vuestro, ya lo sabéis: q̄ sois mia ignoro, pues aun no he llegado à estado de tal bien, y assi os suplico ordeneis lo que he de hazer para mereceros mia; pues ya sè lo que he de hazer para no morir hasta que lo scais, y pues à los golpes de vuestra belleza no tengo otro reparo, sino la esperança, me alenteis con ella, para que no muera con la dilacion de vuestra gloriosa possession. El Cielo os guarde.

Leido el papel alabò D. Blanca el entendimiento, y solemnizó

el buen gusto del presente, mas no respondió por escrito, mas de mandar a D. Maria, le dixesse, como lo avia recibido con la estimacion que se devia: Passados los quatro dias, se levantò D. Blanca, y à quanto moderada la tristeza, y oia con

mas gusto, como le dezian, que el Principe passava la calle, y que avia salido muy galan de sus colores, y esta noche salió a oir vna musica que le diò, cantando excelentissimamente a seis voces este Soneto.

No quiere, dueño amado, el dolor mio,

Tan aspero remedio, como ausencia,

Que ni ay valor, cordura, ni paciencia,

Para sufrir, aunque sufrir porfio.

Tratadme con desdenes, con desvio,

Con zelos, aunque es tanta su violencia,

Hareis de vn firme amor clara experiencia,

Aunque me buelva con mi llanto vn rio.

Que como yo me vea en vuestros ojos,

Dulces nortes de amor, estrellas mias,

En quien las dichas de mi suerte espero.

Alegres, tristes, con cien mil enojos,

Daràn aliento à mis cansados brios,

Pero quando no os veo desespero.

Si mas que à mi no os quiero,

Si veros me dà vida,

Tenedla, fino os veo por perdido.

Bien conociò el Principe, que estaban las rejas ocupadas, y no dudò de que estaria en ellas Doña Blanca, y con mucho desenfado, y donayre, como quien galanteava con fee de amante, y seguridad de esposo, dixo, llegando se mas cerca, Ser tan dichoso, que entre tantas Estrellas estè el Sol, y entre tantos nortes la blanca, y plateada Cintia? Si, respondió vna de las damas, que como estos amores iban con las conveniencias yà dichas, y a lo publico, no le querian regatear los favores, ni se temia las mormuracio-

nes. Pues como, señora mia, profugió, cubris vuestros divinos rayos, y lustrosos candores con la obscuridad del silencio? Merezca yo vn favor vuestro, aunque sea mandarme morir? Que vivais muchos años, respondió Doña Blanca; y que profiga la musica es lo que mando. Y cò esto, avisando a los musicos, bolvieron a cantar este Romance.

Contaros quiero mis dichas,
dulces, y amorosas selvas,
en cambio de que escuchais
con grato oido mis penas.

Salió à mis ojos el Sol,
de vna divina belleza,
tal, que deydad la adorara
a no conocer la eterna.

A sus acentos el alma,
con tanta dulçura atenta,
instantes juzgò las horas,
millares conto las queexas.

Amor desterrando dudas,
aunque niñõ cobrò fuerças,
miente quien dize que amor
es mayor con las ofensas.

Con las ternezas se cria,
si con la vista se engendra,
con las firmezas se animan,
las finezas le alimentan.

Los agravios le desmayan,
las sinrazones le yelan,
enferma con los temores,
y muere con las ofensas.

Y siendo así que el amor
con los favores se aumenta;
quien tantos ha recibido
fuerça es querer con mas veras.

Quien verà, Blanca divina,
tu hermosura, y gentileza,
que no te dè por tributo
mil almas si las tuviera?

Tal imperio tu hermosura
ha puesto en mi que quisiera
de nuevo entregarte el alma,
a no ser tuya esta prenda.

A tener tantas que darte,
como son las ojas vuestras,
ninguna libre quedara
que todas se las rindiera.

Ay dueño del alma mia,
si la estimais como vuestra,
maltratadlo con amor
no la mateis con su ausencia.

Si mas que a mi no os estimo,

ruego a Dios que no me vea,
en possession de estos ojos,
siempre estè en desgracia vuestra,
Selvas si veis de Blanca la belleza,
contadle mi firmeza,
referidle mi pena:
rogadle selvas, que de mi se duela.

Acabando de cantar se retirò
Doña Blanca, y quedò Doña Ma-
ria para dezir al Principe, que su se-
ñora se dava por muy bien servida
de sus finezas, con que el Principe
muy gustoso se fue a su posada. No
se acabará jamás este desengaño,
si se huvieran de contar por menu-
do las cosas que sucedieron en es-
te entretenimièto de amor, y prue-
ba de entendimiento, que así le
llama Doña Blanca, porque llegó
a escribirse el vno al otro bien en-
tèdidos, y tiernos papeles, a hablar-
le D. Blanca por vna rexa, no con-
cediendole mas favor que el de sus
hermosas manos; deseando las da-
mas, y mas D. Maria, que durara
tantos años como dias tenia el del
concierto; porque demàs de gozar
las mas noches de musicas, los dias
de passos, toros cañas, y enca-
misadas, mascaras, y otras fiestas
que el Principe hazia en servicio
de D. Blanca, estavan muy medra-
das de galas, y otras dadas; abuel-
tas desto gozavan tambien de sus
galanteos; y si ellas deseavan que
el año no se acabara, Doña Blanca
lo deseava mas, porque cada dia
que passava del le costava a ella el
aver passado muchos desperdicios
de perlas, tanto era lo que sentia

imaginar que se avia de casar, y demás desto amava al Principe tan ternísimamente, que quando la venia a ver, la dama, ò paje que le dava la nueva, dava en albricias vna joya. Quien viò jamás tan diferentes efectos de amor, y desamor? Contavanse en la Corte estos amores por cosa de admiracion, vnos dezian, que D. Blanca tenia buen gusto en hazer que le costasse al Principe tan cara su hermosura, que la comprasse a precio de dilaciones. Otros, que era locura, lo que era verdaderamente suyo, y que podia poseer sin embaraços enagenarse de ellò: De fuerte, que cada vno hablava como sentia del caso; tal vez, que las criadas hablaban con los criados del Principe, procurando saber dellos, como llevaba su dueño estas dilaciones. Ellos les dezian, que estava desesperado, y que si bien queria de veras a D. Blanca, sino fuera por su hermano, huviera deshecho los conciertos, y bueltose a su tierra, y que assi se lo escrivia su padre, que lo hiziesse, y quando D. Maria le dezia esto a D. Blanca, arrafandosele los ojos de lagrimas, respondia: Mas desesperada estoy yo, de que se cumpla tan presto el plazo, que si a ellos se les haze tarde; yo le juzgo temprano. En fin llegò (que no ay ninguno que no llegue, y mas el que trae por padrino a las desdichas, que parece que le espolean, para que se cumpla mas presto) desposòse D. Blanca con igual regozijo de toda la Corte, y

quando pensaron que la tornò da avia de ser con el mismo regozijado apluso, fue con llantos, y lutos, porque casi vna tras otra llegò la triste nueva del desdichado fin de sus hermanas, trayendole a sus ojos: la mas pequeña, impossibilitada de poder andar, porque de las rodillas abaxo no tenia piernas, ni pies, aviendo de ser la cama el teatro donde mientras vivió representava a todas horas la adversa estrella con que avia nacido, con lo qual D. Blanca quedò tan temerosa, y desabrada, que se tiene por seguro, que sino se huviera desposado, por ningun temor, interés, ni conveniencia se casara, y assi lo dezia a sus damas con muchos sentimientos, antes se huviera entrando Religiosa. En fin llenos de lutos, y pesares se acabaron de celebrar las bodas, y luego se empezó a tratar de la partida: D. Maria tratava de casarse con el Camarero de su hermano de D. Blanca, que quando supo que queria quedarse, como la queria tanto, y se avian criado juntas, y la tenia por alivio en sus mayores penas, lo sintió tanto, que por moderarle el desconsuelo se diò orden; que D. Jorge (que este era el nombre del Camarero de su hermano de D. Blanca) fuesse en su servicio con otros criados que llevaba Españoles, con promesa, de que en llegando allà los casaria, y haria merced, con que dentro de dos meses casada, dexò D. Blanca a España, con tan tierno sentimiento de apartarse

se de su hermano, y hermana, y de su amada patria, que el Principe mostrava gran enfado dello, porque como ya estava en possession se iba cansando de los gustos que en esperanza le avian agradado, mas dissimulava a la quenta, hasta sacarla del poder de su hermano, y al tiempo que D. Blanca partiò de Madrid, se avia averiguado la inocencia de su hermana D. Mayor, y el Rey avia severamente castigado a su marido, cõ lo qual se moderò en parte el dolor de su muerte, juzgandola gozava en el Cielo la Corona de Martyr. Partida en fin con el sentimiento que digo, agassajada, los dias que durò el camino por tierra, de su marido, mas no con tanto cariño como quando estava en la Corte, de que ella, con estrañas admiraciones, dava parte a su querida D. Maria, que como cuerda la alentava, y acõsejava, y entretenia la tristeza que llevaba de aver dexado su paternal alvergue, è irse a vivir desterrada para siempre del, y mas con los despegos que empezò a vèr en su esposo; porque apenas se embarcaron, y le pareció que tenia la inocente palomilla fuera de todo punto de su nido, quando se despegò della con tanta demostracion de tibieza, ò enfado, que muchas vezes llegavan a tener rencillas sobre ello, y a las quejas que ella la dava, respondia: No seas viciosa Española, ni te lamentes tanto, por lo que aora se empieza: Que quieres verme siempre junto a ti? Y al-

gun dia desearàs verme lexos: No sè que desdichas tienen las Españolas, con los estrangeros, que jamas las estiman, antes se cansan a dos dias, y las tratan con desprecio, y esto por averlo visto en muchas lo digo. Tuvo fin el viage, y llegados a sus Estados, se hallò D. Blanca con menos gusto que antes, por que el suegro erà hombre febero, y que tocava mas en cruel, que en piadoso; y enfadado del largo tiempo que su hijo se avia detenido en el galanteo, aun el mismo dia que llegaron a su presencia, no dissimulò el enfado, y la recibì, diciendo: quando avia de ser esta venida? Basta, que las Españolas sois locas? No sè que estrangero os apetece, sino es que estè desesparado. Y otras razones, de que D. Blanca corrida no acertò a responder, conociendo claramente que estava en poder de sus enemigos; y si con alguna cosa tuvo alivio su pena, fue con vna hermana de su esposo, llamada la señora Marieta, q̄ en aquellos países, ni en Italia, ninguno se llama Don, sino son los Clerigos, porq̄ nadie haze ostentacion de los dones como en España, y mas el dia de oy, q̄ hà dado en vna vanidad tan grande, que hasta los Cocheros, Lacayos, y moças de cozina le tienen, estando ya los negros Dones tan abatidos, que las taberneras, y fruteras son Doña Serpiente, y Doña Tygre; que de mi voto, aunq̄ no el demàs acierto ninguna persona principal se le avia de poner, que no ha muchos dias que oì llamar a vna perrilla

de falda, Doña Xarifa, y a vn gato, Don Morro, que si su Magestad (Dios le guarde) echara alcavala sobre los Dones, le avia de aprovechar mas q̄ el vno por ciento; por que casay en Madrid, y las conozco yo, que yerven de Dones, como los sepulcros de gusanos: que me contaron por muy cierto, que vna Labradora sócarrona de Ballecas, vendiendo pan el otro dia en la Plaça, a qualquier bayven que dava al burro, dezia: Està quedo, Don Rucio, y queriendo partirse, empegò a dezir, Don Arre, y queriendose pararse, Don Iò.

Era la señora Marieta muy hermosa, y niña, aunque casada con vn primo suyo, y lo que mejor tenia, era ser muy virtuosa, y afable, y polava con su padre. Con esta señora travò D. Blanca grande amistad, cobrandose las dos tanto amor, que sino era para dormir, no se dividia la vna de la otra, comunicando entre ellas sus penas, que gustos tenían tan pocos, que no las cansava mucho el contarlos, porque tan poco estimava su esposo a la señora Marieta, como el Principe a D. Blanca. Tenia el Principe vn paje, moço, galan, y que los años no passavan de diez y seis, tan querido suyo, que trocara su esposa el agasajo suyo por el del paje, y èl tã sobervio con la pribanga, que mas parecia señor, que criado: èl tenia quanto el Principe estimava, con èl comunicava sus mas intimos secretos, por èl se gobernava todo, y èl tan desabrido con

todos, que mas tratavan de agradarle, que al Principe. Pucs como D. Blanca, muchas vezes que preguntava que hazia su esposo, y le respondian, que estava con Arnesto, que este era su nombre, y algunas, que, ò por burlas, ò veras le dezia, que mas queria a su paje, que nõ a ella: fue causa para que Arnesto aborreciessè a D. Blanca, de suerte que lo mostrava no solo en el desgrado con que la asistia, si era necesario, mas en responderle en varias ocasiones algunas libertades, y D. Blanca, assimismo le aborrecia, por tener por seguro le devia de servir de tercero en algunos amores que devia de tener el Principe, y que desto nacia la libertad, y sobervia del paje. Con este pensamiento diò en ser zelosa, con que se acabò de perder, porque ella se desagradava declaradamente de las cosas de Arnesto, hablandole con sequedad, y despego, y èl con libertad, y desemboltura, llegando D. Blanca, y el Principe a tener sobre esta causa muchos disgustos, y todo para en hallarse menos querida de su esposo, y mas odiada de Arnesto, y aun de su suegro, que muchas vezes oia del palabras muy pesadas, por que no la llamavan por su nombre, sino la Españoleta; y aunque D. Blanca bolvia por si, no consintendose perder el respeto, le valia poco, porque todos eran sus declarados enemigos, sin que tuviesse ninguno de su parte, supuesto que los criados que tenia Españo-